
RESEÑA

GONZÁLEZ ARÉVALO, Raúl, ed. 2025. *Diplomaties de croisade (XIVe - début XVIe siècle). Communication, négociation et propagande.* Collection “Croisades tardives”, 9. Presses universitaires du Midi. 428 págs. ISBN: 978-2-8107-1342-4.

Antonio García Espada

UNED

garcia.espada@geo.uned.es, <https://orcid.org/0000-0003-1158-1018>

Copyright: © 2026 Editorial CSIC. Este es un contenido de acceso abierto diamante distribuido bajo los términos de la licencia de uso y distribución Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0).

Raúl González Arévalo reúne en esta obra un remarcable grupo de investigadores europeos para avanzar en el estudio de las cruzadas tardías recurriendo ahora a una noción de diplomacia más amplia y sofisticada. Parte de la distinción entre una diplomacia que tiene por objetivo la paz —y que por tanto ocupa el lugar de la cruzada— y otra —en buena medida inspirada en el nuevo paradigma conocido como *New Diplomatic History*— definida como “contactos oficiales y oficiosos, entre agentes formales e informales, para obtener el apoyo militar y financiero necesario para vencer al enemigo sea musulmán o cristiano, pero siempre bajo la bandera de la cruzada” (p. 10). Se trata de una “diplomacia de cruzada” a la que corresponde también una dimensión propagandística y legitimadora y que es responsable de una aceleración de la evolución —en buena medida inadvertida— tanto de la idea de cruzada como de la práctica diplomática a lo largo del intervalo temporal adoptado en este estudio, los siglos XIV, XV y XVI.

La primera parte del volumen gira en torno al primer tipo de diplomacia —¿cruzadas diplomáticas?— como medio exclusivo de cruzada. En el capítulo 1, Vytas Jankauskas estudia una importante embajada lituana que tras la derrota frente a los teutones en la batalla de Streva de 1348 pretende crear un frente anti cruzado con la ayuda de la Horda Dorada dirigido contra Polonia. El capítulo aborda una serie de problemas historiográficos aun sin resolver respecto al papel asignado a Moscú en esta fallida contra-cruzada.

El papel central de la cruzada en las relaciones de Segismundo de Luxemburgo con la orden teutónica y la unión polaco-lituana un siglo después es estudiado por Premysl Bar en el capítulo 2. La modulación y alternancia de la amenaza husita y la amenaza turca son presentadas como herramientas políticas fundamentales en la consolidación del poder del futuro emperador sobre Hungría y Bohemia.

El capítulo 3 de Katalin Prajda continua con Segismundo, pero como punto de referencia para estudiar la financiación de la cruzada anti otomana por parte de la república florentina. Siguiendo a Petrarca, aquí la guerra es caracterizada como un fenómeno prevalentemente económico (p. 51). El control de rutas comerciales y el acceso a plazas importantes da forma a una acción diplomática que, si no determina, al menos moldea la cruzada contra los otomanos. El avance turco, las derrotas de Kosovo y Nicópolis, servirá para que Florencia tome el relevo de Venecia en la financiación de una cruzada contra la misma fuente de la que proviene parte sustancial de la riqueza financiera.

En el capítulo 4, Cristian Caselli ubica la cruzada en medio de un entramado diplomático aún más complejo. Ya no se trata de una diplomacia que actúa subrepticamente para proteger determinados intereses en el campo enemigo sino de la conversión de la cruzada en un instrumento puramente

diplomático. Tras la guerra de Otranto, Ferrante de Nápoles recurre al turco bien como objeto de la cruzada, bien como aliado contra las pretensiones francesas en Italia, presentadas también como proyecto de recuperación de la Tierra Santa. La posibilidad de que Bayazid II acudiera en ayuda de los aragoneses contra la cruzada francesa circula como hipótesis plausible entre los diferentes estados de una Italia que se ha convertido en el campo de batalla por la hegemonía de Europa entre Francia y la monarquía castellano-aragonesa. La cruzada funciona aquí como centro de un conflicto que no es externo si no doméstico —*cose de Italia* (p. 80)— y que alumbra una verdadera *performance* diplomática (p. 98) con unos códigos y desarrollo propio.

Alessandro Rizzo estudia en el capítulo 5 la diplomacia de Francia con los mamelucos de la segunda mitad del siglo XIV, cuando el ascendente otomano en el Mediterráneo suaviza las relaciones del sultanato egipcio con Occidente, más allá de Venecia, Aragón y Génova. Se trata de un campo de estudio apenas explorado del que el autor nos ofrece una primera panorámica (p. 107). Iniciativas al principio individuales abren paso a un intercambio comercial mayor que culmina con el establecimiento de un cónsul francés en Alejandría en 1501. El avance francés en Egipto convergía con el retroceso veneciano, pero también con la aparición de los portugueses en el mar Rojo. Esto repercute en una mayor sofisticación de las relaciones diplomáticas entre Francia y un debilitado poder mameluco. Francia hará valer esta comunicación ante el vencedor Imperio otomano para afirmar su posición en el Mediterráneo oriental.

Ya en la segunda parte titulada “La diplomacia como instrumento de cruzada”, Nicholas Coureas desarrolla el capítulo 6 sobre el papel del Chipre en la diplomacia de cruzada pontificia desde 1300 hasta el asesinato de Pedro I (1369). Este es el intervalo que marca la transición de una cruzada dirigida contra el Egipto mameluco a otra contra los beylicatos turcos. La perspectiva elegida por el autor, la correspondencia pontificia, sirve para poner de manifiesto que estuvo lejos de ser una evolución sencilla. La posición estratégica de la isla, la instalación allí de las órdenes militares tras su expulsión de Acre y su papel como enlace con la corte hetúmda de la Armenia Cilicia convierten el reino Lusignan en un punto clave para los primeros proyectos de recuperación de la Tierra Santa. A la caída del Ilkhanato sigue un aumento de la presión mameluca contra Armenia, pero también la conquista de Esmirna por los turcos. Chipre, a los ojos del papa, será la base para contener ambas operaciones. El enérgico Pedro I sin embargo consigue reorientar la potencia bélica chipriota de nuevo contra Egipto y en apoyo de Armenia. Consigue el apoyo de Roma y de Francia. Pero la apuesta por Egipto en vez del Egeo sale mal. El saqueo chipriota de Alejandría es el inicio de una larga decadencia que a los ojos del papa reducirá los Lusignan de Chipre a la irrelevancia.

Simone Lombardo explica la razón en el capítulo 7 con un estudio sobre la formación de las ligas navales a lo largo del siglo XIV, cuando la “*forma federativa sul mare*” (p. 166) se convierte en la principal opción político-militar de la cruzada. Lombardo describe su evolución desde un discreto comienzo, formulado en los tratados de recuperación de la Tierra Santa, con Génova y Venecia como sus primeros protagonistas. No es hasta los años 30 que el pontificado se involucra plenamente. Las ligas navales darán continuidad al proyecto recuperacionista posibilitando la transmutación del embargo a los mamelucos en una lucha contra los turcos en defensa de los intereses comerciales latinos y griegos en el Egeo. La campaña de Esmirna (1344) sella la fórmula, tornando obsoletas fórmulas tradicionales como el saqueo de Alejandría de Pedro I de Lusignan que resultaba contraria a los intereses comerciales de grandes grupos mercantiles. A partir de ahora la cruzada será definitivamente un asunto de diplomacia doméstica, sujeta a la complejidad de relaciones internas de naturaleza similar a las estudiadas en el capítulo 4.

El capítulo 8 de Raul Estangüi Gómez trata al papel del Imperio bizantino en la cruzada contra los otomanos, pero desde una perspectiva émica. Comienza dando razón de su exclusión de la primera liga naval pontificia, la que recupera Esmirna, debido a la participación en las guerras internas bizantinas de los otomanos, pues eran preferibles y menos desestabilizantes que los mercenarios búlgaros y serbios. La continuidad del partido unionista es notoria, así como su proximidad al emperador. El momento álgido llega con el patriarcado del carmelita Pedro Tomás cuyo fracaso está también relacionado con el contraproducente saqueo de Alejandría de 1365. Le sucede una intensa actividad diplomática que culmina con el viaje en persona de Juan V a Italia. Pero la búsqueda de alianzas militares sigue dando peores resultados en Occidente que en Oriente, donde los turcos de nuevo permiten a los

griegos recuperar la Tracia. El apoyo genovés aquí es clave y culmina con el vasallaje de Andrónico IV a los otomanos en 1376. Con Bayezid I y su victoria en Nicópolis, el emperador vuelve a Europa en misión diplomática del más alto nivel. Pero, será Tamerlán quien detenga a los turcos y salve Bizancio. Un renovado brío otomano se topará más adelante con la solemne unión declarada en el Concilio de Florencia (1439) o con un envalentonado Juan Hunyadi atacando desde Transilvania. Pero a los otomanos solo los detienen las embestidas desde Oriente, como la del emir de Karaman. La definitiva conquista otomana de 1453 causa gran revuelo en Occidente, pero en la propia Constantinopla, la reposición por parte de los turcos de un patriarca bizantino tendrá un efecto integrador (p. 220). La resistencia ante poderosas dinámicas euroasiáticas no da más de sí.

El libro dirigido por González Arévalo nos lleva ahora al otro extremo del Mediterráneo, donde Óscar Villarroel nos proporciona un renovado y exhaustivo listado de embajadas castellanas a la Curia de la primera mitad del XIV, mostrando como antes de los Reyes Católicos, la lucha contra Granada ya estaba plenamente equiparada a la cruzada tanto a nivel financiero como propagandístico. Raúl González Arévalo en su capítulo continúa la tarea de hacer explícita la internacionalización de la guerra de Granada, ahora a través de la red dinástica que une Italia con Castilla y Aragón mediante la Nápoles de Ferrante. La propaganda adquiere aquí un sentido paradigmático, como estrategia diplomática de representación y amplificación de las victorias de los Reyes Católicos. La carta funge como “instrumento diplomático absoluto” (p. 286) constituyendo un corpus que sirve a González Arévalo para darnos acceso a datos preciosos e informaciones originales sobre el delicado equilibrio italiano, así como la posición política hegemónica buscada desde Nápoles mediante vínculos dinásticos no solo con Castilla y Aragón sino también con Hungría.

Esa aspiración centra el capítulo de Álvaro Fernández de Córdoba sobre la cruzada hispano-veneciana y la conquista de Cefalonia en torno a 1500. Una campaña que daba continuidad a la política oriental de Alfonso V de Aragón, que lograba neutralizar el discurso cruzadístico de Carlos VIII de Francia, que añadía legitimidad a la guerra contra Granada y que consolidaba como Gran Capitán a Gonzalo Fernández de Córdoba. Se trata de la primera victoria contra los otomanos desde la caída de Constantinopla, aumentando la reputación de los Reyes Católicos como defensores de la Cristiandad, elevando el tono épico-religioso del conflicto y, más pragmáticamente, preparando a la armada hispana para tomar el relevo de Venecia, alentar nuevas aspiraciones sobre Bizancio, Jerusalén, e incluso Egipto y poder competir contra los otomanos en el proyecto de restauración de la unidad romana sobre el Mediterráneo. La escasa repercusión internacional de la conquista de Cefalonia, según el autor, responde a razones coyunturales.

Otro interesante frente abierto a la reflexión por este volumen lo componen los capítulos de: Andrea Fara, sobre los rentables negocios de los banqueros de la Curia obtenidos de la financiación de la cruzada contra el turco y el apoyo económico al reino de Hungría desde mediados del siglo XIV a mediados del XV de parte de un pontificado cada vez más capacitado para optimizar la gestión económica; y el de Antonio Musarra sobre la cesión al Banco de San Giorgio de las colonias genovesas de Asia (Pera y Kaffa principalmente) tras la pérdida de Constantinopla, con capacidad de mostrar sintéticamente, pero al detalle la composición interna de la fuerza expansiva ligur, su funcionalidad y disensos, su a menudo malinterpretado apelo al bien común de la Cristiandad (p. 260) y a partir de la cesión al Banco, de manera aún más explícita, la adaptación de la cruzada a una financiación cada vez más exigente con un retorno preciso, en forma de rentabilidad simultáneamente económica y política.

El volumen acaba con un conciso epílogo donde González Arévalo recapitula y abre al debate la relación de la cruzada diplomática con la guerra santa, con la iniciativa de los poderes laicos, con la larga duración e, incluso, con la construcción del estado moderno y la conquista de América. La cruzada diplomática es caracterizada como un “diálogo estratégico” que constituye un “auténtico laboratorio de comunicación política” con vastas implicaciones en el ámbito de las “relaciones internacionales”. No cabe menos que celebrar la capacidad de sacar adelante una agenda investigadora tan ambiciosa desde el estricto apego a las fuentes y una metodología rigurosa.